

LA FIDELIDAD A LOS COMPROMISOS DEFINITIVOS EN LA CULTURA DE HOY.

Mónica Muñoz M.
Carmen Reyes V.

Cuadernos de Espiritualidad de Chile, número 131.

¿Qué son los compromisos definitivos?

Comprometerse es "dar la palabra", contraer un vínculo, una obligación o responsabilidad con algo o alguien. Compromiso definitivo es aquel que se contrae por el resto de la vida.

Estos compromisos son de dos tipos.

Unos son los compromisos definidos personalmente como definitivos; se relacionan con nuestros principios y valores, con lo que amamos, y expresan lo que somos. Conocemos personas que han contraído compromisos definitivos con determinados valores, con su fe, con su profesión, con un movimiento político, con el arte, con la ciencia, con el servicio a los pobres, con una amistad. Estos compromisos, sin embargo, son alternativas abiertas a la reconsideración y pueden ser violados o desahuciados, sin que ello signifique una preocupación para la sociedad.

Otros son los compromisos institucionalizados socialmente como definitivos, y cuya transgresión "nos mueve el piso", porque conllevan una alteración social. ¿Cuáles son en nuestra sociedad? Muy pocos: la maternidad-paternidad, que compromete a los padres con el hijo; el matrimonio, que compromete a los cónyuges entre sí, y la vida consagrada, que compromete al religioso con Dios, con sus fieles y con su congregación, si es el caso.

Estos últimos, ¿son posibles en Chile hoy?

Ciertamente; la gran mayoría de las personas mantiene sus compromisos, aunque se observan signos que apuntan a mayor descompromiso que hace algunos años.

Creemos que el valor de la maternidad no está en discusión en nuestro país. Si bien las estimaciones de los abortos son muy altas, una cantidad de niños continúan siendo abandonados, se tienen menos hijos que antes y los hijos pasan más tiempo sin los padres, en Chile las mujeres quieren tener hijos, muchas los tienen aún siendo solteras y existe una gran preocupación por ellos. Así mismo, los matrimonios se proyectan con hijos. Respecto a la paternidad, creemos que en los últimos años ha aumentado la responsabilidad de los varones en

relación a sus hijos, aún cuando los juicios por alimentos continúan siendo los más frecuentes en los tribunales de menores.

En relación a los matrimonios en Chile hoy, podemos señalar que la mayoría son estables y los cónyuges en general definen como buena su relación. Las personas se continúan casando y distintas encuestas sistemáticamente manifiestan un acuerdo mayoritario de hombres y mujeres en relación a que el matrimonio es un compromiso para toda la vida. Existe el deseo que así sea.

Sin embargo, varios estudios en los últimos años muestran cifras que fluctúan alrededor de un 15% de separaciones en el país y, aunque las cifras son bajas, las estadísticas muestran un aumento de separaciones en las últimas décadas, especialmente en parejas con menos de 10 años de matrimonio. Se observa también una apertura hacia una ley de divorcio. Por otra parte, han disminuido los matrimonios y han aumentado las convivencias, particularmente de los menores de 25 años. Estas uniones expresan un temor al compromiso, a perder la autonomía, a fracasar en un proyecto de tan largo plazo, como también un rechazo al formalismo legal.

Con respecto a la vida religiosa, si bien no tenemos cifras de permanencia en el sacerdocio, tenemos la percepción de que la mayoría de los ordenados continúan en su estado. Hay bastantes vocaciones, mucha perseverancia y, al menos los seminaristas, refieren una vida comunitaria y de oración gratificantes.

Sin embargo, se constata una disminución de las vocaciones desde los 90 y preocupa la desertión de sacerdotes con pocos años de ordenación. Entre los obstáculos para tomar la decisión de entrar al seminario se destacan el temor a comprometerse para toda la vida, a perder la libertad y el miedo a asumir la responsabilidad de ser sacerdote. Adicionalmente, muchos seminaristas creen que dejarían el sacerdocio si se enamoraran, por soledad, trabajo insatisfactorio o sentir que han perdido su autenticidad.

¿Qué elementos configuran la mantención o el abandono de un compromiso definitivo?

Desde la experiencia de los matrimonios y alguna información sobre la vida religiosa, es posible señalar elementos que configuran la dinámica de la fidelidad o infidelidad a un compromiso definitivo.

A partir de la revisión de historias de vida, se puede reconocer rasgos personales y del medio externo previos al compromiso, características vinculadas a la toma de decisión y aspectos relativos a la vida en común.

La experiencia señala que tienden al compromiso perdurable aquellas personas que se han sentido amadas, han desarrollado una confianza en sí mismas y una apertura al mundo, lo que les permite dejarse atraer por otro. En el encuentro con el otro (esposo/a, Dios, compañeros de comunidad) son capaces de establecer relaciones de intimidad, conociéndolo tanto en los aspectos gratos como en aquellos que les son más difíciles. Están conscientes del

proyecto común en el cual se involucran (el matrimonio, la familia, la vida consagrada en un particular estilo). Al mismo tiempo, de otros han aprendido a valorarlo, asimilando sus mensajes verbales o su testimonio de alegría en su vida matrimonial o religiosa.

Son personas que se conocen a sí mismas en sus anhelos y también en sus capacidades y limitaciones para llevarlo adelante, creen en la posibilidad de insertar su propio proyecto de vida en este proyecto común y tienen capacidad de sacrificio y renuncia.

La decisión del compromiso es una decisión libre y reflexiva, sustentada en un gran amor que motiva a entregarse con entusiasmo al otro y al proyecto. Confían en su propia capacidad para lograr sus objetivos y en que el otro "no va a arrugar" en la dificultad. Está marcada por el optimismo.

De sus otros significativos han aprendido que estos compromisos son para siempre y su mundo social les transmite normas claras y firmes al respecto. Han contado con modelos cercanos de compromisos radicales y han vivido una historia personal de perseverancia. Son personas, que al tomar la decisión, se cierran a alternativas incompatibles, asumiendo con determinación su compromiso.

Por el contrario, tienden a la infidelidad aquellos que presentan carencias afectivas y que son más desconfiados y cerrados. Se relacionan con el otro superficialmente, apreciando sólo aquellos aspectos que los gratifican en sus necesidades.

En su propio ambiente se valora menos el matrimonio o la vida consagrada. Por otra parte, se desconocen a sí mismos y están tan centrados en su propio proyecto personal, que les es difícil compartir con otro un proyecto común. La comodidad les impide las renunciaciones necesarias. Con frecuencia, la decisión es resultado de un deslumbramiento o arrebato emocional o por motivos tales como responder a las expectativas, evitar la soledad, lograr una posición, etc. En algunos casos existe algún grado de apatía e incluso pesimismo; no se creen capaces de sortear las dificultades. Ven el compromiso como una prueba temporal que mantendrán mientras les resulte grato; perciben que las normas sociales son laxas frente a la violación del compromiso y no cuentan con modelos ni tienen una historia personal de perseverancia. Al tomar la decisión, se mantienen abiertos a la aparición de otras alternativas.

En relación a la vida en común, el compromiso tiende a mantenerse cuando existe una preocupación por cuidar la relación, que se traduce en alabar al otro, estar atento a sus necesidades, en que se destina tiempo para estar juntos, para escuchar al otro. Se asume este compromiso definitivo -matrimonio o vida religiosa- como el hilo conductor que da sentido a la vida.

Las dos partes comparten metas, tareas, decisiones, es decir, se involucran totalmente en aquello que tienen en común. Las relaciones que se establecen en la vida comunitaria son de igualdad y de respeto a la singularidad del otro. Se comunica la intimidad, cada uno puede expresarse con libertad y escuchar con respeto. Se enfrentan los conflictos y existe la capacidad de perdonar, aún la infidelidad, y de reconocer los propios errores. Existe un apoyo mutuo en las dificultades. De esta forma se crea un sentido de comunidad.

La paciencia, la tolerancia a la frustración y la esperanza son rasgos personales de gran valor en esta etapa. Constituye un apoyo que los demás estimen como sagrado el compromiso y poder disponer como acompañantes, en tiempos de sequedad y oscuridad, de matrimonios o religiosos que han pasado por dificultades similares y han perseverado.

Por el contrario, las dificultades serias y prolongadas durante el primer tiempo de la relación tienden a desestabilizar el compromiso. Con frecuencia éstas se viven como sobreexigencias en un contexto de pocos recursos.

La desidia, dejarse estar, dar la relación por sentada; la rutina y la falta de creatividad y desafío; el exceso de trabajo, el cansancio y no priorizar los espacios de relación íntima generan desánimo y desamor.

El ser individualista o excesivamente independiente dificulta la creación de un sentido de pertenencia. Relaciones de superioridad-inferioridad, de dominación, maltrato o descalificación de parte de alguno producen en el otro retraimiento y callar los propios problemas por temor a no ser acogido o no ser perdonado.

En este contexto, las personas que son impacientes, impulsivas, desesperanzadas y que no toleran la frustración tenderán a quebrar el vínculo; más aún si los demás no respetan su compromiso o incluso "tientan" para dejarlo y si no son capaces de pedir ayuda a otros o no cuentan con ella como experiencia para mantener la relación.

En pocas palabras, una relación amorosa, donde hay aprecio e intimidad, además de apoyo social, tenderá a ser una relación gozosamente fiel; naturalmente se cerrará a otras alternativas.

Una relación que comienza con expectativas irreales tenderá al desengaño. Y aquella que no es cuidada con dedicación y trabajo, en que no se expresa el cariño y en que falta la intimidad, conducirá a la insatisfacción, desamor o enfriamiento de la relación y a sentimientos de vacío, apatía y obligación difícil de cumplir. Se abrirá a la infidelidad, a dejarse seducir por alguna alternativa. Sin embargo, es cierto que, a pesar de todo, algunas relaciones se mantienen por la lealtad derivada de los años compartidos, por evitar el deshonor, por comodidad, por la existencia de otros beneficios o por falta de mejores alternativas, configurando una fidelidad rutinaria, apática o funcional.

¿Qué papel juega la cultura en la fidelidad a los compromisos definitivos?

Podemos definir la cultura como la configuración distintiva de costumbres, valores y maneras de hacer las cosas que conforman el modo de vida de un pueblo. La cultura no es algo externo, vive dentro de cada uno de nosotros, influyendo nuestras formas de pensar, sentir y actuar; por tanto, nuestras actitudes y conductas en relación a la fidelidad a los compromisos definitivos.

Los chilenos somos parte de la ***cultura occidental***.

En ésta, a lo largo de la historia, se pueden reconocer tres grandes estadios, teniendo como eje a la modernidad: la cultura premoderna, que corresponde a la Edad Media; la moderna, que perdura ya por cuatro siglos y la postmoderna, que parece estar emergiendo hoy. El cambio de un estadio a otro se produce lentamente.

Cada cultura se sostiene sobre ciertas ideas básicas que expresan una idea del hombre y del sentido de su vida, una forma de concebir las relaciones de éste con el mundo, con la naturaleza y con lo trascendente.

La cultura premoderna

Es una cultura cuyo eje es la religión. Dios está en el centro y es la explicación última de las cosas. En ella existe un orden establecido con carácter sagrado y la sociedad es percibida como una comunidad orgánica, estructurada en torno a un cuerpo inviolable de tradiciones, de costumbres y de historia común. El hombre, de paso por el mundo para salvar su alma, está subordinado a esta comunidad, cuyos intereses le demandan obediencia y reverencia; no es libre. Impera la ética del deber. Cada uno sabe su lugar y la función que le corresponde, de esta forma está a salvo de la novedad y de la angustia. Tiene certezas frente a las interrogantes de la vida, lo que le da seguridad, sentido de pertenencia e identidad. Ese es un mundo coherente, unificado y limitado cultural y geográficamente. No hay distinción clara entre lo público y lo privado. Se valora la continuidad, la tradición, la religión, la familia, la pertenencia, la asignación de status, la obediencia, el respeto a la autoridad y el cumplimiento de los deberes.

En esta cultura, en general, *los compromisos* no responden a una decisión personal. Son asignados por otros que tienen autoridad. Los compromisos adquieren un carácter sagrado y comprometen el honor de quien los asume. Y se mantienen, al menos en apariencia, a través de la vida de las personas, siendo ocasionalmente violados en secreto. Comprometen a las personas, pero no involucran necesariamente un vínculo afectivo.

La cultura moderna

Las cruzadas, el decaimiento de la economía agrícola feudal, los avances de la navegación, los descubrimientos geográficos y el comercio con Oriente quiebran el etnocentrismo, ampliando el horizonte de las creencias y costumbres y dando origen al surgimiento del sistema capitalista característico de la sociedad moderna. Aparece un espíritu más abierto y un nuevo tipo de hombre, cuyo lugar social depende de su propia capacidad de empresa.

Con el desarrollo de la ciencia, los fenómenos comienzan a ser explicados por causas naturales, que el hombre puede conocer a través de la razón, única fuente del saber. El hombre se constituye en el centro del mundo. La forma de conocer, de aproximarse a la realidad, adquiere el carácter del método científico, analítico, parcializado, empírico, cuantitativo y

objetivo. Lo que no se capta a través de la razón: la intuición, los sentimientos y emociones, lo cualitativo, lo integral, lo subjetivo, carecen de importancia. Igualmente lo trascendente; lo espiritual se va haciendo más lejano. Se impone la secularización social, que separa las cosas de Dios y del mundo. El sentido de la vida se busca en la existencia terrenal.

El hombre es libre y responsable de sí. Tiene el control sobre su vida y decide sobre ella de acuerdo a su conciencia. Tiene autonomía ética. Surge el individualismo.

Se van abriendo paso también las ideas de igualdad y de justicia social. Se cree en -y se lucha por- el progreso ilimitado del hombre y de la sociedad. Es el tiempo de las utopías, de los sueños sociales.

La sociedad ya no trata con comunidades, sino con individuos. Y el hombre se ve demandado por las diversas organizaciones en las cuales está inserto.

El éxito del sistema económico capitalista poco a poco va erigiendo a la economía como el eje de la vida social. Y los valores en que se sustenta pasan a ser los valores de la sociedad: la competencia, la eficiencia, el éxito económico y en el trabajo, el materialismo, el utilitarismo, el pragmatismo, el intercambio.

En pocas palabras, el hombre de la modernidad es un hombre libre, reflexivo, adscrito a grandes ideales, optimista, tolerante de la diversidad, abierto a la búsqueda de la verdad y del bienestar social. Lo público, el trabajo y la política, cobran importancia. Los modernos se juegan por proyectos sociales de los cuales se sienten responsables.

Los *compromisos* en esta cultura son fruto de una decisión personal, que se asume después de una reflexión y con gran responsabilidad. En relación al matrimonio, el amor como criterio de elección libre y personal es un aporte de la modernidad. La vida religiosa se asume con esta misma postura, como fruto de una relación amorosa. Se habla de derechos y responsabilidades mutuas. Sin embargo, el compromiso matrimonial y religioso se ve debilitado por otros rasgos de la cultura moderna: una mirada parcial del otro, especialización de las tareas, la búsqueda de la eficiencia en el logro de la felicidad, y la mayor importancia asignada al trabajo y la política, en detrimento de la familia y la religión.

La postmodernidad

A esta etapa sucede lo que podemos denominar **postmodernidad desencantada**. Habría surgido por fatiga, luego de cuatro siglos de transformaciones cada vez más aceleradas, especialmente de la ciencia y tecnología que, a pesar de sus resultados, no parecen haber hecho más feliz al hombre, ni haber resuelto los problemas de la sociedad. Ejemplo de ello son los horrores de las guerras mundiales, la violencia de las ciudades, el terrorismo, la corrupción política, el relativismo ético y la destrucción de la naturaleza.

Se derrumban las utopías sociales y la creencia moderna de que la razón humana llevaría al progreso continuo e irreversible de la sociedad.

A comienzos del siglo XXI, a pesar del mayor bienestar alcanzado por la humanidad, se percibe una sensación generalizada de desencanto, que es definida como el "malestar de la cultura". Hay melancolía, soledad, depresión, evasión. Ya no hay proyectos de largo plazo. Se pone énfasis en el presente, en lo inmediato, en los trechos cortos, que duran mientras el individuo se sienta bien en ellos. No existen los entusiasmos de gran alcance, los sueños.

Paralelamente, la sociedad de consumo y comunicación que se desata a partir de los años 50 y 60 abre al hombre una multiplicidad de opciones seductoras y atractivas que impactan su afectividad y le fuerzan a elegir. Todo está delante de sus ojos para ser escogido y adquirido; gastar, poseer, se vive como una nueva experiencia de felicidad. Cada vez se reemplaza unos objetos o personas por otros, buscando así alcanzar mayor goce. Se está siempre receptivo a la idea de un futuro cambio por algo mejor.

El hombre se vuelve cada vez más individualista, centrado en sí mismo, narcisista. Predomina la ética de los derechos y una mirada comprensiva, benévola para la evasión de los deberes, evasión que se hace pública, porque no se condena. Cada uno define sus criterios y su concepción del mundo.

Los individuos se vuelven sobre sí mismos, se interrogan, pero ya no tienen apoyo; se sienten solos, vacíos, desamparados. Han negado toda autoridad moral que aspire a ser universal. Lo que antes los protegía -la tradición, la iglesia- ya no está. Resulta un hombre sin certezas y sin esperanza; todo está en cuestionamiento. Ello le produce ansiedad.

Cada cual hace lo que quiere o puede, respetando el derecho de los demás a hacer lo que quieren o pueden. No hay terrenos vedados, todo es posible.

La indiferencia a lo social, a los otros, caracteriza esta época. Hay una hiperinversión en lo privado. El mundo político pierde sentido. Lo importante es sentirse bien. La felicidad se logra a través de la exaltación de la vida placentera: una vida grata, cómoda y sin mayores problemas. Hay un énfasis en la realización personal y en el placer sexual como satisfacción inmediata y sin esfuerzo. El hombre deja de reconocer la obligación de unirse a algo que no sea él mismo. Prevalece la ética "de bolsillo", del caso a caso, o del consenso de las mayorías, no basada en principios. Se descalifica el sacrificio, la renuncia a sí mismo y la gratuidad. La meta de la existencia no es su realización heroica, buena, sino su trivialización; dejar que transcurra el tiempo sin preocupaciones.

Se percibe la realidad en superficie; sin profundidad. Acelerado por la urgencia de no perderse nada, el hombre no profundiza en los encuentros consigo mismo, con otros y con Dios. Mantiene relaciones epidérmicas.

En una cultura como ésta, los *compromisos* definitivos parecen extremadamente difíciles. Más aún si a ello se agrega que la vida humana se ha prolongado notablemente. Un individuo centrado en su propia satisfacción y realización personal, cerrado a los otros, al sacrificio y la gratuidad, pesimista y sin proyecciones de futuro, abierto al cambio y a la seducción constante de nuevas ofertas, sin anclaje institucional, sin normas éticas, superficial, a quien sólo le interesa el presente, el placer inmediato y la vida cómoda, no parece capaz de

involucrarse en relaciones profundas ni de asumir las frustraciones inherentes a un proyecto de largo plazo como el matrimonio o la vida religiosa consagrada.

Frente al desencanto de la postmodernidad, ha surgido en sectores de la sociedad una **contracultura o postmodernismo constructivo** que busca con ahínco un sentido de la vida y cambiar la relación del hombre con Dios, con los otros y con la naturaleza.

Frente a la parcialización de la realidad, se busca recuperar una mirada holística, de la totalidad, una mirada sistémica. Frente a la razón, surge la importancia de otras fuentes de conocimiento: la imaginación, los sentimientos, la intuición, las experiencias místicas y religiosas con fuerte influencia de lo oriental.

Un sentido ecológico deja ver un amor y respeto por la naturaleza. La calidad de vida prevalece sobre la cantidad de bienes. Se valora la solidaridad como reacción al individualismo. Y se releva la importancia de bienes que no se transan en el mercado, tales como la amistad, el amor, la alegría, la fe.

Estos rasgos de una contracultura postmoderna que empieza a emerger dejan una nota de esperanza con respecto a la sociedad y la cultura que vienen, y apuntan a rescatar un sentido de la vida centrado en valores más humanos y en una relación estrecha con otros. Nos parece que sustentarán **compromisos** profundos, asumidos honestamente, con libertad y apertura al cambio.

Cultura chilena y fidelidad a los compromisos definitivos

En Chile la postmodernidad es una realidad que no nos es ajena, pero tampoco nos retrata.

En nuestra cultura prevalecen y persisten valores premodernos, que la hacen bastante resistente a las innovaciones. Al decir de algunos, somos fundamentalistas, tenemos miedo a que alguien remezca la estantería bien ordenada que heredamos de nuestros abuelos; se expresa en nuestro temor al ridículo, el miedo a desentonar, el disimulo, la tendencia a actuar como la gente como uno.

Ello se explicaría en parte por nuestra herencia colonial. La España de la conquista era una España contrarreformista, que se cerró para salvar la fe amenazada, que no vivió el cuestionamiento racional a las instituciones y al orden social y que no participó de la revolución científica y religiosa en los inicios de la modernidad. De tal forma que en América Latina no se desarrolla el individualismo y utilitarismo propios de las sociedades modernas.

La modernización es un proyecto que no arraiga con facilidad en nuestra cultura y su incorporación es más tardía. Es así como Chile hasta 1940 era un país principalmente agrícola, caracterizado por un sistema de relaciones bastante feudal. Sólo entonces comienzan una industrialización y urbanización más aceleradas, dando paso en los años 60 a una modernización de la cultura, con un enfrentamiento de posturas ideológicas que promueven el cambio social;

con la incorporación masiva de la mujer al trabajo, la introducción de la televisión y el fomento de la ciencia.

Muy pronto, con la llegada del gobierno militar, se pone fin a las ideologías y participación social y se instala un sistema híbrido: premoderno, autoritario y jerárquico en lo político; moderno, de fuerte capitalismo liberal en lo económico, y postmoderno, ya que atomiza a la sociedad y repliega a los individuos al mundo privado, estimulando además la competencia y el consumo desenfrenado.

El retorno de la democracia no ha logrado reencantar con un compromiso social, tan propio de la modernidad. Sin embargo, el liberalismo de la economía y la incorporación a la cultura anglosajona, por el acceso masivo a Internet y la televisión por cable, agudizan la influencia de valores modernos y postmodernos. Entre los primeros destacan el pragmatismo, la innovación, el empuje y riesgo, dando lugar a la búsqueda del éxito individual, la eficiencia y la ganancia. Entre los postmodernos se aprecia el consumo masivo, el goce personal y las relaciones descomprometidas.

Estaríamos dejando atrás nuestra rigidez y desconfianza a lo nuevo, e incluso los valores modernos de los 60, como la igualdad, la justicia, el bienestar para todos, la austeridad. Esta inclinación se estaría reflejando en la nueva literatura, que hoy se centra en temas privados y despolitizados; la pregunta "¿quiénes somos?" está dando paso a la pregunta "¿quién soy yo?"

Es así como hoy vivimos en una cultura híbrida, en que los valores premodernos coexistirían con valores materialistas modernos y también postmodernos, que han asimilado especialmente los más jóvenes.

Hoy es posible observar que unos sectores sociales son más premodernos; otros, modernos y algunos, postmodernos. Se observa diversidad, hasta al interior de una misma familia, e incluso las mismas personas son portadoras de lógicas interiorizadas que se superponen y se activan selectivamente según la oportunidad o el ámbito de vida que está involucrado. Así, amamos a la Iglesia, pero no queremos que se inmiscuya en nuestras decisiones; creemos en el matrimonio para toda la vida, pero somos favorables a una ley del divorcio ¿por si acaso...?

Un ejemplo de ello son las posturas de los sectores dirigentes de nuestro país. Algunos aceptan y promueven el liberalismo económico, a la vez que apelan a valores tradicionales en otros ámbitos. Valoran la autoridad y el orden, defienden la familia tradicional y muestran intolerancia a la libertad de pensamiento y expresión con respecto al sexo y la moral. Otros promueven la libertad de expresión, el fin de la censura y el derecho de las personas a hacer con su vida lo que quieran, aceptando el divorcio, las relaciones sexuales premaritales y la homosexualidad, pero ponen límites al liberalismo económico. En términos gruesos, al parecer somos premodernos de corazón, con rasgos modernos y una ventana abierta a lo postmoderno.

Por otra parte, al igual que en los países más desarrollados, en nuestra sociedad comienza a percibirse el "malestar en la cultura", característico de la postmodernidad. Aún

cuando hemos experimentado crecimiento económico y aumento del bienestar, nos sentimos más inseguros e infelices, mostrando altos niveles de stress.

Como puede observarse, estamos en un momento de gran impredecibilidad del comportamiento.

¿Cuáles son los rasgos de nuestra cultura que han detectado algunos estudios recientes y que favorecen o desfavorecen el compromiso definitivo?

Entre los rasgos premodernos, que apuntan a un compromiso al menos formal, estarían la valoración de la obediencia a la autoridad y a las normas, del orden, la unidad y la seguridad, de la continuidad y la tradición. Propiciarían la fidelidad conyugal la alta valoración asignada al matrimonio y la familia ; la permanencia en la vida consagrada se vería favorecida por el prestigio de la Iglesia Católica y de los sacerdotes.

El sustento desde la modernidad provendría de un fuerte sentido de responsabilidad ; y, en ciertos sectores, de la creencia en la posibilidad de construir con otros un proyecto común y de la fe en el esfuerzo como medio para el logro de objetivos. La tolerancia a la diversidad y la creencia en la igualdad de las personas apoyarían el respeto a la singularidad del otro.

La postmodernidad constructiva aporta con una revaloración de la espiritualidad, y con la búsqueda de un sentido de la vida en la familia y en las relaciones cercanas, con mayor aceptación de unos por otros.

Por otra parte, atentan contra el compromiso rasgos propios de nuestra cultura que provienen también de estos tres estadios.

La ley del mínimo esfuerzo o "dar las cosas por sentadas", propias de nuestra premodernidad, junto con la falta de determinación para llevar a cabo los planes; la desconfianza en los otros, la disposición al fraude para evitar cumplir las obligaciones, el doble estándar entre lo que se dice y lo que se hace y la existencia de relaciones jerarquizadas, de dominación-sumisión promueven el descompromiso.

La fidelidad al matrimonio o a la vida consagrada se ve debilitada también por algunas de nuestras características modernas: la fragmentación de la vida, con las consiguientes demandas del mundo externo, la preeminencia del mundo del trabajo y del éxito personal sobre la vida familiar y religiosa y, derivado de ello, el cansancio y el poco tiempo para la intimidad conyugal y para la vida comunitaria y de oración. Por otra parte, la prolongación de la vida genera temor a compromisos de tan largo alcance, y ofrece mayores posibilidades de conflicto en su transcurso. A la vez, se han debilitado las sanciones a la infidelidad a los compromisos.

Nuestros rasgos postmodernos de mayor individualismo, egoísmo e independencia, el énfasis en la realización personal, la búsqueda de satisfacción y goce fácil, las relaciones

epidérmicas, más agresivas y menos respetuosas, el debilitamiento de las normas éticas y la apertura al cambio constante dificultan la posibilidad de asumir compromisos. Se observa un énfasis en el derecho a ser feliz y a rehacer la vida, que se traduce en la disposición a la separación matrimonial y a dejar la vida consagrada en situaciones de dificultad o ante la atracción de nuevas alternativas.

En este contexto, ¿cómo se perfila el futuro de los compromisos definitivos?

La fuerza que tiene la familia en nuestra cultura y su influencia incuestionable en nuestros valores, nuestra visión del mundo y nuestros comportamientos, nos permite aventurar que, al menos por un tiempo más, tenderá a perdurar el anhelo de compromisos definitivos en el matrimonio y el respeto a la vida consagrada. La relevancia que adquiere o mantiene la Iglesia en nuestro país pese a corrientes en sentido contrario apoya esta misma tendencia.

Por otra parte, orientar la vida anclada en un hilo conductor que le da sentido parece ser una necesidad propia del ser humano, aun en los países más modernos, que presentan gran interés por lo religioso y una añoranza por las relaciones más íntimas.

Al mismo tiempo, en el contexto de la postmodernidad constructiva se perfila la aspiración a relaciones más cercanas, más totales, con compromisos más honestos, fruto de una decisión libre.

Sin embargo, la prevalencia efectiva de los compromisos definitivos en el matrimonio y la vida consagrada quedarán sujetos al desarrollo de acciones contrarias a aquellos factores culturales que desestabilizan el compromiso; entre ellas, valorar lo que se tiene y el camino recorrido en común, en vez de absecarse prestando atención únicamente a los problemas que han surgido en el camino. Reconocer a la vez que la felicidad no siempre se alcanza cambiando aquéllos con los que se ha establecido el compromiso, sino más bien transformándose uno mismo y trabajando por una relación más gratificante y más crecedora. Este es el desafío planteado a quienes quieren promover una vida más espiritual, es decir, más plenamente humana. Supone una mezcla creativa de ascesis y en respuesta a la invitación de Dios y su gracia.

BIBLIOGRAFIA

- Bentué, Antonio Cultura actual y valores. Conferencia Colegio San Ignacio- El Bosque, Santiago, 2001
- Brunner, José J. Globalización cultural y posmodernidad. Fondo de Cultura Económica, Santiago, 1998.
- Comisión Nacional de la Familia Encuesta Nacional de Hogares, 1993.
- DESUC Encuesta Nacional de Iglesia, 2001.
- Dorff, Francis Estamos matando a nuestros sacerdotes, CISOC-Bellarmino, Boletín Pastoral, mayo 2001
- Douzet, M. Teresa Cultura Latinoamericana .Apuntes de clases. Instituto de Sociología, Pontificia Universidad Católica de Chile, 2001.
- Figueroa, Maximiliano Perfil de fin de siglo, Revista Mensaje N° 453, 1996.
- FLACSOO-PNUD Bienestar y calidad de vida, Santiago, 2000.
- Gilfeather, Katherine La religiosidad en un contexto postmoderno, Boletín Pastoral, CISOC-Bellarmino, agosto 2000.
- González, Benjamín s.j. Nueva cultura, mística y ascesis. Cuadernos de espiritualidad N° 129, Centro de Espiritualidad Ignaciana, 2001.
- Havel, Vaclav Prioritaria reestructuración de valores globales. Revista Mensaje N° 494, Noviembre 2000.
- Larraín, Jorge Identidad chilena. Editorial Lom, Santiago, 2001.
- Lipovetsky, Gilles La era del vacío, Ed. Anagrama, Barcelona, 1986
- Martínez, C. Javier s.j. El adolescente, un navegante en la postmodernidad. Revista Mensaje N° 494, noviembre 2000.
- Miranda, Gonzalo Identidad y formación sacerdotal: algunas reflexiones, CISOC-Bellarmino, Boletín Pastoral, abril 2001.

Miranda, Gonzalo	Nuestros futuros sacerdotes, CISOC-Bellarmino, 2000.
M.O.R.I.	Estudio mundial de valores. Chile 2000, Santiago, 2001.
Muñoz, Mónica Reyes, Carmen	Una Mirada al Interior de la Familia, Ed. Universidad Católica de Chile, Santiago, 1998
Piñera, Bernardino	El reencantamiento de la vida. Editorial Los Andes, Santiago, 1993.
Roa, Armando	Modernidad y posmodernidad. Editorial Andrés Bello, Santiago, 1995.
Sammon, Sean	Vida religiosa: ¿quo vadis? CISOC-Bellarmino, Boletín Pastoral, junio 2001.
Schmitz, Robert	El sacerdote: una especie en peligro de desaparecer, CISOC-Bellarmino, Boletín Pastoral, marzo 2001.
Valenzuela, Eduardo	Tendencias de la Familia en la cultura actual, Conferencia Colegio San Ignacio - El Bosque, Santiago, 2001

